

sus costumbres, sus edificios y hasta sus cadáveres. Y todo habría llegado hasta nosotros tal como ellos lo dejaron a no ser por la superstición, la ignorancia, la barbarie y los instintos destructores de los pueblos que en los tiempos siguientes invadieron el país y se entregaron a una labor sistemática de aniquilamiento de cuanto pudiera recordar su pasado. El Cristianismo en sus primeros siglos por odio a las artes relacionadas con los antiguos cultos; los Cristianos iconoclastas, que tantos estragos hicieron en Grecia, el Asia Menor y hasta en Italia y otras regiones del Occidente de Europa; los Musulmanes, enemigos acérrimos de la representación de seres vivientes en cualquiera forma que sea, pasaron durante siglos y siglos como vendavales asoladores por el Egipto, debiendo maravillarnos de que tanto de lo antiguo haya llegado hasta nosotros.

La civilización egipcia llegó en todas sus manifestaciones, así espirituales como materiales a un grado muy alto de desarrollo en tiempos en que todos los pueblos del mundo estaban sumidos en las tinieblas. Cuando alborea la historia de Grecia era ya caduca la del Egipto; las tradiciones helénicas poblaban el mundo

de dioses, semidioses, héroes y seres fabulosos cuando los reyes egipcios de las dinastías XVIII y siguientes hasta la XXVI, construían los monumentos de Tebas, Memfis, Sais, Heliópolis, Elefantina y otras ciudades sobre las ruinas de los que hubo antes y cuya antigüedad ni siquiera puede discernirse.

Las instituciones religiosas y civiles de los Egipcios, sus ciencias y sus artes eran objeto de la veneración y del asombro de los Griegos, cuyos sabios y legisladores más eminentes acudían a los sacerdotes saitas, memfitas y tebanos en busca de ideas, de sistemas, de teorías y de procedimientos. Y no hay duda de que la brillante civilización helénica, cuyos fúlgidos resplandores iluminaron el mundo y produjeron una verdadera inflamación que aún persiste en nuestra civilización moderna europea, que no es más que continuación suya, tenía su fundamento y su base en la egipcia. Con razón puede, pues, decirse, y ya lo han dicho muchos pensadores y filósofos eminentes, que nuestra civilización no es más que la misma de los Egipcios modificada y desarrollada por virtud del tiempo y de la experiencia.

CRISTÓBAL DE REYNA

HUGO SCHUCHARDT

HABLÉ últimamente de un lingüista del Renacimiento; hoy presentaré al lector una figura típica dentro de la filología contemporánea. Varios son los nombres que se ocurren al pensar en lingüistas de primer orden: los franceses Meillet y Rousselot, el americano Franz Boas, los alemanes Brugmann y Meyer-Lübke y muchos otros; he preferido, sin embargo, tratar de Schuchardt, por el interés singular que ofrece su carrera científica, dirigida en los más diversos sentidos, y por la estrecha relación que muchos de sus trabajos guardan con nuestro país, especialmente con la región vasca.

Hugo Schuchardt nació en 1842, y la mayor parte de sus 76 años ha sido consagrada a la producción científica en el

dominio de la filología románica y de la lingüística general. En 1866 publicó ya un trabajo de suma importancia: el *Vocalismo del latín vulgar*, en tres volúmenes. Apenas se conocía entonces qué cosa fuese el latín hablado por el pueblo, fuente común de las distintas lenguas romances: portugués, español, italiano, etc. Nadie escribió nunca intencionadamente la lengua descuidada de la plebe; pero Schuchardt supo rastrear sus rasgos esenciales sirviéndose de las inscripciones, de los antiguos manuscritos, de las reglas o censuras de los gramáticos y de las palabras latinas incorporadas a idiomas extraños; de esa suerte quedaban sentadas las bases de la relación entre latín literario y latín hablado, y probada la uni-

formidad de la lengua que había de irse fragmentando en los distintos dialectos de la Rumania.

Schuchardt es un formidable políglota; se le ha llamado "segundo cardenal Mezzofanti", del cual es la frase que "la primera docena de lenguas se aprende con bastante dificultad; pero la segunda es mucho más fácil". Nada mejor que citar algo de lo escrito por su amigo Rullmann (1) con motivo de la fiesta organizada en su honor al cumplir Schuchardt los 70 años: "Un día descubrió en el mapa de Europa un país, cuya lengua aún no conocía: Hungría; y se puso a aprender húngaro. Se suscribió a un diario de Budapest, y cuatro semanas después me enviaba un artículo traducido en corriente alemán. Es increíble, pero es verdad. Un día recibí un periódico del Mediodía de Francia en que se daba cuenta de un banquete organizado en su honor por una sabia corporación; en el mismo número venía un soneto en la lengua de Mistral, dedicado al eminente huésped; y al día siguiente publicó Schuchardt un elegante soneto en la misma lengua agradeciendo el homenaje. En otra ocasión, hallándose en el País de Gales, se celebró una fiesta literaria en la que se le saludó como al doctor celtista de Alemania, ¡y al día siguiente dió las gracias en una poesía en cimbrío!"

Hacia 1875 Schuchardt vino a España, y hubo de relacionarse con Don Francisco Giner, etapa necesaria para cuantos nos han visitado con propósitos de cultura; recordaba aún el venerado maestro la extraordinaria pureza con que Schuchardt hablaba nuestra lengua. La finalidad de ese viaje era estudiar el andaluz y especialmente los cantos flamencos; resultado del trabajo fué el extenso artículo *Die "Cantos flamencos"*, publicado en el tomo V de la "Revista de filología románica" de Halle, trabajo fundamental para el conocimiento de la fonética del andaluz y de sus relaciones con los demás dialectos peninsulares; en España aún no hemos hecho nada análogo (2), y los téc-

nicos de aquí y del extranjero han de citar continuamente ese sustancioso ensayo.

Los variadísimos trabajos de Schuchardt se desenvuelven en dos direcciones principales, que dan sentido científico a esa masa fabulosa de observaciones.

Una causa de los cambios que sufren los idiomas a través de su historia consiste en que un pueblo deja su propia lengua y acepta otra que le es impuesta por las circunstancias; cuando estas variaciones ocurren en lo antiguo, generalmente es casi imposible precisar la forma en que se realizó el proceso de adopción del nuevo idioma, y cómo influyó en él el que desaparece, precisamente porque desaparece muchas veces sin dejarnos rastro. Pero en la actualidad puede estudiarse esa mezcla lingüística, fuente de cambios en los idiomas, en los casos en que las lenguas civilizadas se combinan con otras incultas. De aquí nacieron los *Estudios criollos*, proseguidos durante largos años, en que se exponen las alteraciones que han sufrido las lenguas europeas en boca de los negros, malayos, annamitas, melanesios, etc.; el español en Filipinas figura entre lo investigado. Junto a esto hay que citar el análisis de las influencias del celta y del vasconce en las lenguas románicas. De esa suerte ha contribuido el autor a afirmar la idea de que la renovación de los métodos lingüísticos ha de buscarse en el estudio de los idiomas vivos más bien que en el de los muertos.

Otro aspecto de la obra de Schuchardt es la investigación de la etimología de las palabras románicas. Después de Diez (1) nadie ha reunido tal cantidad de observaciones sobre la historia del léxico de las lenguas neolatinas; pero en esto Schuchardt ha aportado también su nota personal. La investigación de las palabras dice, debe buscar un complemento en la investigación de las cosas significadas. Este punto de vista no es exclusivo de Schuchardt, otros lingüistas han formulado también ese principio; aunque Schuchardt reclama la prioridad para la fórmula "Palabras y cosas" (*Wörter und*

(1) En la *Tagesspost de Graz*, del 3 de Febrero de 1912.

(2) Sobre el andaluz no existe fuera de España, más investigación científica que la del sueco Wulf; *Un chapitre de phonétique andalouse* (1889), que no anula el trabajo de Schuchardt.

(1) Fundador de la gramática y de etimología románica, y autor del primer diccionario etimológico de estas lenguas.

Sachen) título de una espléndida Revista que se publica desde 1909 en Heidelberg, y donde por cierto Schuchardt no colabora. Lo importante es que aquél ha publicado importantes trabajos sobre la materia. Por ejemplo, en la citada revista "Palabras y cosas" apareció un excelente artículo de Meyer-Lübke acerca de la historia de los instrumentos para separar el grano de la miera (trilio, mayal) dentro de los países románicos, estudiando las palabras juntamente con los objetos; pues bien, poco después salió un trabajo de Schuchardt sobre el mismo tema, ampliando considerablemente los materiales de observación y dando nuevas sugerencias; la parte que me es accesible, lo relativo a España y Portugal, revela una atención y minuciosidad extraordinarias. Y lo mismo acontece en otros órdenes de cosas, como en el arte de la pesca, por ejemplo. Se ha dicho, y con razón, que para entender y juzgar algunos trabajos de Schuchardt haría falta un comité de especialistas.

En cuantas discusiones ha habido sobre temas fundamentales de lingüística, nuestro autor ha dicho su palabra; así, respecto del carácter de las leyes fonéticas. Ciertos filólogos de Leipzig llamados "neogramáticos", pensaban que los cambios de los sonidos de un idioma obedecían a leyes que actuaban sin excepción, prescindiendo de las perturbaciones producidas por la analogía con otros sonidos. Contra esta concepción abstracta y mecanicista, se pronuncia el breve estudio sobre las leyes fonéticas (1885), en que se considera el lenguaje como un producto social, fruto de las más variadas imitaciones; las llamadas excepciones, en realidad no lo son, sino productos de causas que actúan con generalidad menor (por la fecha en que se originan, o por la disposición del medio social en que empiezan a vivir, etc.)

De otros muchos particulares habría que tratar, para esbozar una bibliografía medio completa del autor. Como eso no sería propio de este lugar, me limitaré a lo que constituye la principal ocupación de Schuchardt en estos últimos años: el estudio del vascuence. Una estancia no muy larga en la Vasconia francesa le hizo familiarizarse con esa lengua, que

según cuentan, tardó el diablo siete años en aprender, sin llegar a grandes resultados. Los frutos para la filología vasca no se hicieron esperar: ediciones de textos, estudios morfológicos de suma importancia ("Sobre el origen de las formas relativas del verbo vasco", 1894), y sobre todo, investigaciones acerca del léxico, la etimología, y las relaciones del vascuence con las lenguas primitivas de España y con otras actuales. Según indicaba en mi artículo anterior (1), el vascuence posee multitud de palabras tomadas del latín en distintas fechas; pues bien, este punto es objeto de constante investigación para Schuchardt, con objeto de separar lo genuino de ese idioma de los elementos adventicios. La conexión entre el vascuence y el ibero son evidentes para él; en un notable estudio, "La declinación ibérica", desenvuelve la doctrina, que desde Humboldt tiene crédito, del parentesco de ambos idiomas, y que no han podido invalidar los que como Philippon sostienen que el ibero es un idioma indoeuropeo (como el latín o el celta), sin posible semejanza, por tanto, con el actual vascuence, que por su estructura nada tiene que ver con esas lenguas. El magno problema es, en efecto, fijar la relación que guarde el vasco con otros idiomas conocidos; decir que es una derivación remota del ibero, es retrotraer la dificultad pero no resolverla, pues el ibero, a su vez, se encuentra aislado, a juzgar por lo poco que de él se conoce. Schuchardt ha laborado en este punto con un ardor y una amplitud increíbles; ha manejado a tal efecto desde las lenguas caucásicas hasta las de Nubia y Abisinia, pero hasta ahora sus resultados distan de ser evidentes. Quizá no pueda nunca llegarse a resolver el problema por falta de datos intermedios. El parentesco de unas lenguas con otras no se revela las más de las veces por simple comparación, ni tampoco la mera comparación descubre la conexión de palabras, que en el fondo pueden ser la misma cosa; sólo la historia puede aclarar esas sombras, y no es fácil que en este caso aparezcan testimonios históricos.

Supóngase por un momento que no

(1) En el núm. XI.

nos quedase en Europa más que una lengua neolatina y una lengua céltica o eslava; ¿cómo iba a probarse el parentesco de ambas? Como es sabido, el antiguo eslavo está íntimamente emparentado con el latín, el germano, el griego, el celta, etc.: una lengua neolatina es, por decirlo así, "sobrina" del antiguo eslavo, y "prima" del ruso, servio, etc. En otro sentido, ¿quién diría que la voz aragonesa *pléban* "párroco", es en el fondo lo mismo que el irlandés *plwif* "parroquia", si no estuviese ahí el latín *plebe* "parroquia", fuente de entrambos? Además hace falta saber que hubo palabras latinas relativas al cristianismo que emigraron a la Isla Británica y allá sufrieron transformaciones uniformes (1).

De todos modos, los estudios de Schuchardt sobre el particular son valiosísimos, y nadie puede saber las consecuencias que en lo porvenir pueden tener. Por lo pronto, la fuerte orientación científica que han recibido los estudios vascos desde que Schuchardt actúa en esa especialidad han tenido la virtud de crear un movimiento científico en el país vasco, a ambos lados del Pirineo. Ya se sabe el grado de fantasía y de arbitrariedad que reina entre muchos de los que en España se ocupan, o dicen ocuparse, del vascuence: el vascuence era la lengua de Adán

y Eva, es la fuente del español, etc. Pues bien, frente a esa chavacanería erudita está situada la *Revista internacional de estudios vascos*, dirigida y editada por un distinguidísimo filólogo, don Julio de Urquijo; no hay que decir que el principal colaborador de esa publicación, que ve la luz desde 1907, es Schuchardt. Junto a él, Uhlenbeck (holandés), Vinson, Saroñhandy, Lacombe, Gavel (franceses), Urquijo, Echegaray (españoles) y muchos otros, van realizando una admirable obra de cultura, investigando la lengua, la literatura y la civilización del país vasco. El Sr. Urquijo ha tenido el gran mérito de discernir, por propio impulso, el trigo de la cizaña; comprendió en seguida que los estudios vascos necesitaban inspirarse en los métodos de Schuchardt, Rousselot, Vinson, etc., en suma, en los métodos de la ciencia europea, y fundó generosamente la citada revista, suspendida en este momento, como tantas otras, a causa de la guerra.

Cuando aparezca este número de la REVISTA GENERAL se estará inaugurando en Oñate el Congreso de estudios vascos; ojalá esos entusiastas fomentadores de la cultura vasca no pierdan de vista, en los trabajos relativos al lenguaje, la obra ejemplar de Schuchardt, ni el sentido que inspira la *Revista de estudios vascos*, cuyos trabajos por desgracia se conocen más fuera que dentro de España.

(1) Véase un admirable artículo de Meillet, *Le problème de la parenté des langues*, en la revista italiana «Scientia», 1914.